

# Por Francisco Vélez Nieto

## ¿Quién escribió el Quijote?

En unas tierras más bien baldías de ideas de progreso bajo el peso de columna invertebrada de cuyo nombre no falta día que no recuerde su larga noche de piedra. Siendo yo niño me contaba mi padre con paciencia y luz transparente para ser comprendida, sin que los guardadores de la “Reserva Espiritual de Occidente” enemigos de Pericles y el canto de la Marsellesa, pudieran palpar síntomas de contubernio judeo-masónico. Yo era un embobado de estas crónicas de la vida, cosecha propia de mi padre o bien escuchadas en bocas de confianza todas sin falta de fina ironía, en las lejanas tardes entre dos luces tranquilas en el taller de carpintería, donde mi padre se ganaba el terroso pan de cada día, con el deseo de que fuera conociendo la lucha por la vida,

Y una historia, como esta que ahora les cuento, jugó su papel y llegar un día a ser un buen lector de las narraciones que hablan de la existencia cotidiana. Resulta, que allá por los años cuarenta de luctuosa larga noche tenebrosa, que duró cuarenta años bajo la protección divina de la muy Santa Iglesia de Roma, un inspector de Enseñanza Primaria alto flaco, fruto de alimentarse con lentejas, papas y pimientos, que de lomos de ternera, pues conocido era el decir: “Pasas más hambres que un maestro de escuela”, se desplazó el buen hombre a un pueblo de la provincia a cumplir con sus deberes profesionales, inspeccionar a los que dedicaba con templanza, ideales y cariño, fiel, seguro y sencillo de ser esta herramienta del saber forjadora y base de todo futuro, siempre que se supiera poner a prueba a los niños de las escuelas.

Diligente el maestro del pueblo, a todos los niños tenía preparados, limpios, compuestos y aplicados. ¡Todos de pié, el señor inspector” a la voz del maestro a la vez que este invitaba al examinador con un: “Puede usted, señor inspector preguntar a cualquiera de ellos lo que considere” Ufano el funcionario, tras ordenar sentarse a los niños, puso la mirada en uno de la primera fila de bancas y le preguntó como se llamaba. Tomó su nombre y preguntó: Manolito dime, ¿Quién escribió el Quijote? Manolito se tocó la nariz, miro a su maestro y tras tragar saliva, sorbió mocos, respondió “Yo no he sido señor inspector, yo no he sido” Ante el visible apuro del niño, lo mandó sentar y eligiendo otro al azar, el pequeño y aplicado alumno le dio la misma respuesta que Manolito. No se atildo en buen dosificador de enseñanza y repitió la misma pregunta varias veces obteniendo idéntica respuesta. Hasta el punto que el maestro, más nervioso que sereno advirtió con firmeza al interrogador: “Yo le aseguro y juro señor inspector, que ni estos niños ni yo, hemos escrito el Quijote”

Imagine el lector el estado mental en que se sentía tan buen discípulo de Juan de Mairena cumplidor de su trabajo. Así que estupefacto, sin más preámbulos, se dirigió como bombero a un fuego al ayuntamiento deseoso de poder hablar con el señor alcalde. Y con los mejores y más calmados modos le contó la historia de lo sucedido en la escuela sobre la pregunta de ¿Quien había escrito el Quijote? A lo que señor alcalde sacando pecho y autoridad le respondió: “Sepa señor inspector que yo, como Jefe local del Movimiento, máxima autoridad de este municipio, juro por Dios y por España que ni los niños de nuestra escuela, ni el maestro, ni vecino vecina alguno, y yo como alcalde a la cabeza, hemos escrito el Quijote”

Imagine posible lector o lectora, el estado de ánimo de este hidalgo inspector y ¡misionero devoto vigilante de la enseñanza, como caminaba con la cabeza gacha hablando solo igual a un personaje shakesperiano de ser o no ser, por las calles de un pueblo en el que ninguno de sus vecinos había escrito el Quijote, cuando a vuelta de una esquina se dio de cara con un hombre de gran altura metido en carnes envidiable muestra de estar bien alimentado con carne de ternera y buena caña de lomo, que tras disculparse se sintió sorprendido cuando este le soltó a bocajarro.

“¿Pero Rafael, estás ciego, ¿no me recuerdas, amigos y compañero de estudios? ¿Qué haces en este pueblo donde soy Comandante de Puesto?”

Llegaron los abrazos efectivos y sinceros por aparte de ambos. El trastornado examinador le contó la situación y experiencia sufrida, tanto con niños como maestro y alcalde incluido. A lo que su amigo y sargento jefe del cuartel de la Benemérita del pueblo, poniéndose firme, una mano en el hombro de su compañero de estudios y la otra en los galones de sargento de la bocamanga, mirando firmemente a su amigo respondió con energía cuartelera:

“Viejo y querido amigo, vete tranquilo a tu centro de trabajo y por favor espera una semana en hacer el informe, que si en este tiempo no encuentro yo al individuo que ha escrito el Quijote, te juro que me arranco los galones de sargento”

Y se terminó el cuento con pan, pimientos y lentejas de las de Negrín, que quien quiere las toma y el que no las deja,

# La señorita Emilia

La señorita Emilia, apellidos que me reservo por la discreción y el buen recuerdo que nos ha dejado la compañía del buen recuerdo en aquellas tardes lejanas de la Alameda, pertenecía a una distinguida familia sevillana, de acomodada y plácida vida con rezos y confesiones en regazos de jesuitas. Por herencia de estirpe tenía un pasaje con veinticuatro viviendas dobles con cancelas a la entrada por ambas calles, más otras casas dispersas por los alrededores, colindantes con una placita vecina de la gran Alameda, tan renombrada como famosa por sus toreros, flamencos de hondo renombre y mujeres de vida ligera y nocturna.

Al otro extremo, y haciendo esquina a este histórico y vivo espacio ciudadano, se erguía su casa, señorial y sevillana de techos pintados con alegorías de faunos y jardines colgantes, que todos los años retocaba por aquello esto de las humedades Juanito, el pintor, maestro de la gracia y los paisajes sevillanos. En ella transcurría su diario plácidamente viviendo de sus rentas y alquileres junto a dos hermanos Eduardo y Nicolás.

Mientras el primero era despierto y moderado el segundo pasaba por simplote y socarrón. Pero quien dirigía la casa con un ordeno y mando de soltera vitalicia era ella, la señorita Emilia. Al trío, personas de buen trato y no faltos de humor y bondades, los cuidaba

Ana, la criada, mujer activa, fiel, servicial y excelente cocinera, de las que en lenguaje popular se dice “para chuparse los dedos”, vamos, como para enviar al paro a gran parte de los chefs que hoy lucen las estrellas de la Guía Michelin como unos generales venidos a menos. La vida de aquella inolvidable Ana transcurrió entre lo agradable y una amarga resignación llevada en silencio porque “la vida es así, con dios o sin él, da lo mismo”; constituía el mayor reproche que le escuché con mi fino oído de niño cuando le preguntaban sobre sus íntimos pensamientos.

Siendo mocita Ana entró a servir en casa de la señorita Emilia, llegada de un pueblo donde mantenía un eterno noviazgo. Pronto, dadas sus cualidades, consiguió el dominio de la casa: hacía, deshacía y mandaba hasta el punto que cualquier capricho que se le antojaba a los solterones tenían que pedirlo por favor y con complacencia por temor a enfadarla y perder sus artes culinarias.

Corrían los años de la II República con la esperanza en la capacidad intelectual y política de Manuel Azaña, cuando Ana pidió permiso entre llantos y silencios a la señorita Emilia para casarse. La respuesta, además de algunos consejos fue:”Ana, no te puedo detener, tu novio es un buen hombre. Pero no olvides que aquí queda tu casa con todas las llaves encima del piano, como siempre, en la fuente de marfil de mi abuelo el marino”.

La República vivía tiempos de incertidumbres y atentados, Ana se casó con un albañil afiliado a la UGT. Calvo Sotelo, el ídolo y guía para la familia de la señorita Emilia fue fusilado en Madrid, mientras que en el pueblo de Ana, su reciente marido, con solo días desposados, fue fusilado por ser miembro de un sindicato “rojo”. La viuda no lo pensó dos veces: de prisa, sin apenas equipaje tomó el camino de San Fernando hasta Sevilla para llamar a la puerta de la casa de la señorita Emilia. Acudió a abrirle la propia dueña, y Ana le dijo entre sollozos: “Señorita, han matado a Pepe, aquí estoy otra vez”. A lo que la dueña respondió: “Pasa, tu habitación está como antes, no se ha tocado nada”.

Dos lutos más de aquellas dos Españas que perduraron juntos aunque diferentes se vivieron en la misma casa: uno por Calvo Sotelo, y el otro por un albañil afiliado a un sindicato de clase.

Durante muchos años fue mi parada y fonda el entorno de la casa de la señorita Emilia por las muchas idas y venidas desde mi pueblo a la capital: ya por padecer paludismo, el sacarme los dientes, problemas de visión, y algún que otro abatimiento que no recuerdo.

Aquella amistad con la señorita Emilia y sus hermanos surgió porque tan curiosa familia pasaba temporadas en la mejor hospedería

ubicada en el santuario de Setefilla, donde mi abuelo Lorenzo era el santero. La Señorita Emilia entabló amistad con las cinco hijas de mi abuelo entre las que se encontraba mi madre, la cuarta por edad. A mi abuelo le salvó la vida un día de lluvias y tormenta su fiel mastín llamado Viriato, cuando montado en su yegua intentaba atravesar un Gaudalvacar que venía muy crecido y se lo llevaba la corriente. ¡Cuánto me gustaba incluso llegado a hombre, que me contara esta hazaña que tuvo como protagonista al tan admirado Viriato al que llegué a conocer en el cortijo de Valdeconejo que el abuelo tenía arrendado a un señorito de casino y baraja.

La familia de mi historia apenas si mantenía amistades de relaciones continuas en la capital. Para más contar, tampoco simpatizaba con sus sobrinas cuyos maridos se encargaron de dilapidar las fortunas en cacerías, malos negocios, juergas y juegos prohibidos, por lo que acechaban como zorra a gallinero. Aquellas tres criaturas dejaron este mundo y la casa que más bien parecía un museo, con un fabuloso Ford descapotable de seis plazas de los años 20 aparcado indefinidamente en el garaje, al que la buena de Ana le sacaba brillo todas las semanas como si estuviera dispuesto a salir para la ermita de Setefilla, cargado de baúles con todo lo necesario como en aquellos tiempos de antes de la guerra. Por otra parte mantenían una estrechísima amistad con Don Pedro, médico decano, alto, de buen vestir, pajarita y cuidada barba, todo un señor de gesto y léxico de palabra entre lo clásico y lo popular.

Tenía Don Pedro en su despacho colgado en la pared a la espalda del sillón donde se sentaba para atender a sus paciente dos hermoso cuernos. Y cuando algún extraño le preguntaba sobre la pieza respondía con severidad: “No son los míos”. Persona culta y poco amiga de la Iglesia, aunque sí de la Benemérita a cuyo colegio de huérfanos le dejó su fortuna. Cuando mi madre me llevaba a su consulta preocupada por tanto hueso y la poca carne de mi cuerpo me decía: “A ver, saca la lengua. – yo la sacaba y el confirmaba con fingida severidad - “Los perros y los gatos se cagan en ella. Ya estás curado. Y tu Filita no te preocupes que donde muchos huesos larga vida queda” sobre el mediodía, cuando había terminado la consulta, hora de aperitivo y copita de buen vino, se pasaba por la casa de la señorita Emilia, tocaba con fuerza la campanilla, aparecía Ana a quien le preguntaba “Ana, está dentro el jesuita?”. Ana afirmaba con la cabeza. “Bueno pues dile a la señorita que estoy enfrente con las “niñas” (casa de putas), dame una voz cuando se vaya el jesuita. Así era don Pedro, extraño señor en un paraíso propio. Para contar una larga historia repleta de detalles.

Y estos son fragmentos de la vida de la señorita Emilia y sus hermanos, una familia encerrada en el pasado hasta que le fueron llegando los adioses, primero un hermano detrás de otro y el último adiós el de aquella curiosa señorita que pinchaba las aceitunas con palillos de dientes de marfil con cabezas talladas de león que su abuelo, marino mercante, un Conrad sevillano, le trajo en uno de sus

viajes a la India. Fresca me reina en la mente su muerte, el cadáver expuesto en el patio sevillano de la casa, los macetones limpios, las brillantes hojas de las planas por haber sido limpiadas con cerveza, la cristalera de color emplomada reflejando su arco iris sobre el patio. El duelo formado por don Pedro el médico, las cinco hijas de Lorenzo el Santero al que Viriato le salvó la vida ya fallecido, el cura jesuita olfateando la herencia, Juanito el pintor de jardines en los techos y todas las sobrinas con sus conyugues, cónicas y lloronas de cebolla, apartadas de nosotros por ser de otra clase. Y Ana que llega y comunica a mi madre, “Que la dueña de las niñas de la casa de enfrente está en la puerta porque todas le quieren decirle adiós a la señorita Emilia”. Mi madre, sin dudarlo, las invitó a que pasaran porque querían y respetaban a una señora que les hablaba con educación y modales. Y fueron pasando como un coro heleno de ninfas, vestidas con sus ropas de fiestas de guardar poco llamativas, sin maquillaje apenas, que a una señal de su dueña iniciaron el rezo de siete Padres Nuestros y siete Ave María. Lloraba Ana, lloraba mi madre y alguna hermana, también lagrimeaba Don Pedro. Aquel día, la casa de las “niñas” se cerró a cal y canto. Y cuando llegaba algún cliente, al ver la puerta cerrada llamaba y preguntaba: “¿Hay niñas?” Y una voz apagada respondía. “Hoy no, estamos de luto, ha muerto la señorita”.

Francisco Vélez Nieto